

¿Y á ésta querías tú que yo diese mi mano? No, Sifredo, no esperes de mí esta locura, ni este profano sacrificio. Antes de ver encendidas las teas de tan bárbaro himéneo, verás arder á toda la Sicilia, y anegados en sangre sus campos.

¿Qué es lo que escucho! exclamó Leoncio. ¿Qué terribles amenazas! ¿qué funestos anuncios me haceis! Pero en vano me sobresalto, continuó mudando de tono. No, señor, nada de esto temo. Es muy grande el amor que profesais á vuestros vasallos para que se pueda recelar que vuestro tierno corazón les solicite jamas tan lastimoso destino. No será capaz un ciego amor de avasallar vuestra razon. Echariais un eterno borron á vuestras virtudes si os dexárais llevar de las flaquezas propias de hombres ordinarios. Si yo dí mi hija al Condestable fué, Señor, únicamente por ganar para vuestro servicio á un hombre valeroso, que con la fuerza de su brazo y del ejército que tiene á su disposicion apoyase vuestros intereses contra las pretensiones del Príncipe Don Pedro. Parecióme que uniéndole á mi familia con lazos tan estrechos.... ¿Ah! que esos lazos (interrumpió exclamando Enrique) son el funesto cordel que á mí me ha sufocado, me ha perdido. ¿Cruel amigo! ¿qué te habia hecho yo para que descargases sobre mí tan duro y tan intolerable golpe? Habiate encargado que manejases mis intereses; pero ¿quándo te dí facultad para que esto fuese á costa de mi corazón? ¿Por qué no dexaste que yo mismo defendiese mis derechos? ¿Parécete que no ten-

otendria valor ni fuerzas para hacerme obedecer de todos los vasallos que osasen oponerse á mi voluntad? Si el Condestable fuese uno de ellos sabria muy bien castigarle. Ya sé que los Reyes no hán de ser tiranos, y que su primera obligacion debe ser la felicidad de sus pueblos; ¿pero hán de ser esclavos de éstos los mismos soberanos? ¿Pierden por ventura el derecho que la misma naturaleza concedió á todos los hombres, de ser dueños de sus afectos desde el mismo punto que la Providencia los destinó para el supremo gobierno? ¿Ah Leoncio! si los Reyes han de perder aquella preciosa libertad que goza el último de los mortales, ahí te abandono una corona que tú me aseguraste á costa de mi sosiego.

Señor, replicó el Ministro, no puede ignorar V. M. que el Rey su tio aligó la sucesion al trono á la precisa condicion del matrimonio con la Princesa Constanza. ¿Y quién dió autoridad al Rey mi tio (repuso Enrique con calor y viveza) para establecer tan violenta como injusta disposicion? ¿Habia recibido acaso él tan bárbara ley de su hermano el Rey Don Carlos quando entró á sucederle? ¿Y por ventura tenias tú obligacion de sujetarte á una condicion tan iniqua? Cierito que para un gran Canciller te muestras poco instruido en nuestros usos y costumbres. En una palabra, quando prometí mi mano á Constanza fué involuntaria mi promesa, nunca tuve ánimo de cumplirla. Si Don Pedro funda su esperanza de ascen-

der al trono en mi constante resolucion de no cumplir aquella palabra, no mezclémos á los pueblos en una diferencia que derramaria mucha sangre. La espada entre nosotros solos puede resolver la disputa y decidir qual de los dos será digno de reynar.

No se atrevió Leoncio á apurarle mas. Contentóse con volverle á pedir de rodillas la libertad de su hierno, que consiguió diciéndole el Rey: anda, y vuélvete á Belmonte, que presto te seguirá el Condestable. Retiróse el Ministro, y se restituyó á su Quinta, persuadido á que su hierno vendria luego tras de él; pero engañóse, porque Enrique queria ver á Blanca aquella noche, y con este fin dilató hasta el dia siguiente la libertad de su esposo.

Mientras tanto entregado éste á sus tristes pensamientos, hacia dentro de sí crueles reflexiones. La prision le habia abierto los ojos, y conoció qual era la verdadera causa de su desgracia. Abandonado enteramente á la violencia de los zelos, y olvidado de la fidelidad que hasta allí le habia hecho tan recomendable, solo respiraba venganza. Persuadido á que el Rey no malograria la ocasion y no dexaria de ir aquella noche á visitar á Doña Blanca, para sorprenderlos á entrámbos suplicó al Gobernador del castillo que le dexase salir de la prision por algunas pocas horas, baxo su palabra de honor de que ántes del amanecer se restituiria á la prision. El Gobernador, que era todo suyo, tuvo poca dificultad en darle este gusto, y mas ha-

bien-

biendo sabido ya que Sifredo habia alcanzado del Rey su libertad. No contento con esto le dió un caballo para que fuese á Belmonte. Partió prontamente, llegó al sitio, ató el caballo á un árbol, entró en el parque por una portezuela, cuya llave tenia, y tuvo la fortuna de introducirse en la Quinta sin que ninguno le sintiese. Llegó hasta el quarto de su muger, y se escondió tras un biombo que estaba en la antesala. Pensaba observar desde allí todo lo que pudiese suceder, y entrar de repente en la estancia de su esposa al menor ruido que oyese. Vió salir á Nise, que acababa de dexar á su ama, y se retiraba á un gabinete inmediato, donde ella dormia.

La hija de Sifredo, que fácilmente habia penetrado el verdadero motivo de la prision de su marido, tuvo por cierto que aquella noche no volveria á Belmonte, aunque su padre la habia dicho que el Rey le habia asegurado le seguiria presto. Igualmente se persuadió á que el Rey aprovecharia aquella ocasion para verla y hablarla con libertad. Con este pensamiento le estaba esperando para afearle una accion que podia tener terribles conseqüencias para ella. Efectivamente poco tiempo despues que Nise se habia retirado, se abrió la falsa puerta y apareció el Rey, que se arrojó á los pies de Blanca, diciéndola: no me condeneis hasta haberme oido. Si mandé arrestar al Condestable, considerad que ya no me restaba otro medio para justificarme. Si es delinqüente este artificio, la

cul-

culpa es de vos sola. ¿Para qué os negásteis á oirme esta mañana? Tardará poco en verse libre vuestro esposo, y entonces (¡ay de mí!) ya no tendré modo para hablaros. Oidme, pues, por la última vez, que quiero sincerarme del cargo de traidor. Si confirmé á Constanza la promesa de mi mano, fue porque en las circunstancias en que me puso Sifredo, no podía hacer otra cosa. Erame preciso engañar á la Princesa por vuestro interes y por el mio, para aseguraros la corona y la mano de vuestro amante. Tenia esperanza de conseguirlo, y habia tomado mis medidas para librarme de aquella aparente obligacion; pero vos, disponiendo de vuestra persona con demasiada facilidad, preparasteis un eterno dolor á dos corazones que perfectamente se amaban, y hubieran sido siempre felices.

Dió fin á este breve discurso con tan visibiles señales de verdadera desesperacion, que Blanca se sintió conmovida. Ya no tuvo la menor duda de su fidelidad y de su inocencia. Alegróse un poco al principio; pero un momento despues experimentó mas vivo el dolor de su desgracia. ¡Ah señor! dixo: despues de lo que ha dispuesto de nosotros mi fatal estrella, me causa nueva afliccion el saber que estais inocente. ¡Qué es lo que he hecho, desdichada de mí! Engañóme mi resentimiento. Juzgué que me habiais abandonado: y arrebatada de despecho recibí la mano del Condestable, que mi padre me presentó. ¡Ah infelize! Yo fuí la delinquente,

y

y yo misma fabriqué nuestra desgracia. Quando estaba tan quejosa de vos, acusandoos en mi corazon de que me habiais engañado, era yo, imprudente y ligerísima amante, la que rompía los lazos que habia jurado de hacer indisolubles. Vengaos, señor, pues os tocó vuestra vez. Aborreced á la ingrata Blanca... Olvidad... ¿Y os parece que lo podré hacer, señora? interrumpio Enrique tristemente. ¿Que será posible arrancar de mi corazon una pasion que no podrá sufocar vuestra misma injusticia? Con todo eso, señor (dixo suspirando la hija de Sifredo) es menester esforzaros para conseguirlo. ¿Y vos, señora (replicó el Rey) sereis capaz de ese esfuerzo? No prometo lograrlo, respondió Blanca, pero nada omitiré para ello: lo intentaré con todas mis fuerzas. ¡Ah cruel! exclamó el Rey, facilmente olvidareis á Enrique, puesto que teneis tal pensamiento. Y vos, señor, ¿qué es lo que pensáis? repuso Blanca con entereza: ¿os lisonjeais que os tolere continuar en obsequiarme? No formeis tal esperanza. Si no quiso el cielo que naciese para Reyna, tampoco me dio un corazon tan baxo que pueda dar oidos á ningun amor que no sea legitimo. Mi esposo es, igualmente que vos, de la nobilísima casa de Anjou; y aun quando lo que debo á solo él, no fuera obstáculo invencible á vuestros galantes servicios, mi gloria y mi propio honor jamás podrian sufrirlos. Suplico, pues, á V. M. que se retire, y que haga ánimo á no volverme á ver. ¡Oh que tirania! exclamó el Rey:

¿ es

¿es posible, Blanca, que me trateis con tanto rigor? ¿No basta para atormentarme el veros entre los brazos del Condestable? ¿Quereis tambien privarme de vuestra vista, único consuelo que me ha quedado? Huid quanto antes, señor, respondió la hija de Sifredo derramando algunas lágrimas: la vista de los que tiernamente se han amado dexa de ser un bien luego que se pierde la esperanza de poseerse. A Dios, señor, retiraos de mi presencia. Este esfuerzo le debéis á vuestra gloria, y á mi reputacion. Tambien os lo pido por mi reposo y quietud. Porque al fin, aunque mi virtud no se sobresalta con los movimientos del corazon, la memoria de vuestra ternura me presenta combates tan terribles, que me cuesta extraordinarios esfuerzos el valor de resistirlos.

Pronunció estas últimas palabras con tanta viveza, que sin advertirlo, derribó en el suelo un candelero que estaba á sus espaldas. Apagóse la bugía; cogióla Blanca á tientas; abre la puerta de la antesala, y para encenderla va al gabinete de Nise, que aun no se habia acostado. Vuelve con luz, y apenas la vió el Rey volvió á repetirla las instancias para que le permitiese continuar en sus obsequios. A la voz del Monarca entró el Condestable con la espada en la mano en el quarto de su esposa, casi al mismo tiempo que entraba ella: encara con Enrique lleno del resentimiento que su rabia le inspiraba. Ya es demasiado, tirano (gritaba enfurecido) no me tengas por tan vil ni tan co-

bar-

barde que pueda tolerar la afrenta que pretendes hacer á mi honor. ¡Ah traidor! respondió el Rey desenvaynada la espada para defenderse; ¿piensas por ventura executar tu intento impunemente? Diciendo esto dan principio á un combate demasadamente vivo para que durase mucho. Temiendo el Condestable que Sifredo y sus criados acudiesen á los gritos que daba Doña Blanca y le estorvasen su venganza, peleaba ya sin juicio, sin conocimiento y sin reserva. Fuera de sí con el furor él mismo se metió por la espada de su enemigo, atravesándose de parte á parte hasta la guarnicion. Cayó en tierra, y viéndole el Rey derribado se paró.

Al ver la hija de Leoncio á su esposo en tan lastimoso estado, se arrojó al suelo para socorrerle, á pesar de la repugnancia con que le miraba. Preocupado el infeliz esposo contra ella, no se enterneció ni aun á vista de aquel testimonio que le daba de su dolorosa compasion. La muerte, que tenia tan cercana; no bastó para sufocar en él los rebatos de los zelos. En aquellos últimos momentos solo se acordó de la fortuna de su rival, idea tan ingrata y espantosa, que reanimando los espíritus y dando un momentaneo vigor á las pocas fuerzas que le restaban, le hizo levantar la espada, que aun tenia en la mano, y la metió entera por el seno de su muger, diciéndola: muere, esposa infiel, ya que los sagrados lazos del matrimonio no bastaron para que me conservases aquella fé que me habias jurado al pie de los altares. Y tú, Enrique

TOMO II.

I

(pro-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

(prosiguió con voz apagada) no te gloriés ya de tu destino, puesto que no te apravecharás de mi desgracia; con esto muero contento. Dixo estas palabras, y espiró; pero con un semblante que entre las sombras de la muerte dexaba ver un cierto no sé qué de fiero y de terrible. El de Blanca ofrecia á la vista un espectáculo bien diverso. Habia caido mortalmente herida sobre el moribundo cuerpo de su esposo, y mezclada la sangre de esta inocente víctima se confundia con la del bárbaro homicida, cuya execucion fue tan pronta y tan impensada, que no dió lugar al Rey para precaver el efecto.

Prorrumpió éste en un horrible y lastimoso grito quando vió caer á Blanca; y mas herido que ella del golpe que la quitaba la vida, quiso acudir á prestarla el mismo auxilio que ella habia deseado prestar á su marido; pero Blanca hizo ademan de detenerle, diciéndole con voz desfallecida: señor, esta es la víctima que estaba pidiendo la suerte inexôrable; y así, son igualmente inútiles vuestro socorro y vuestro dolor. Quiera el cielo que este sacrificio aplaque la cólera de nuestro fatal destino, y asegure la felicidad de vuestro reynado. Al acabar estas palabras, Leoncio, que habia acudido al eco de sus lastimosos gritos, entró en el quarto, y enteramente embargado de los objetos que se presentaban á sus ojos, quedó sin movimiento. Blanca, que no le habia visto, prosiguiendo su discurso con el Rey: á Dios, señor (le dixo) conservad tiernamente mi me-

moria; mi amor y mis desgracias os obligan á ello. Desterrad de vuestro pecho toda sombra de resentimiento contra mi amado padre. Respetad sus canas, compadeceos de su dolor y haced justicia á su zelo. Sobre todo haced notoria á todo el mundo mi inocencia: esta es la cosa mas principal que os encomiendo. A Dios, amado Enrique... Yo me muero... Recibid mi postrer aliento.

Dixo, y falleció. Quedóse inmóvil el Rey, guardando por algun tiempo el mas lúgubre y mas sombrío silencio. Rompióse en fin diciendo á Sifredo; mira, Leoncio, esta es la obra de tus manos. Contéplala bien, y considera en ese trágico suceso el fruto de tu oficioso zelo por mi servicio. Nada respondió el afligidísimo anciano, preocupado todo del dolor que le anudaba la voz y le cortaba el aliento. ¿Pero á qué fin empeñarme en querer describir lo que es superior á toda explicacion? Basta decir que uno y otro se hicieron las mas tiernas y vivas reconvençiones y quejas luego que la vehemencia del dolor abrió camino al desahogo de los internos afectos.

El Rey conservó toda la vida la mas dulce memoria de su fidelísima y honradísima amante, sin poderse jamas resolver á dar la mano á Constanza. El Infante se coligó con ella para hacer que subsistiese lo dispuesto por Rogerio en su testamento; pero se vieron precisados á ceder al Príncipe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. A Sifredo le desprendió

del mundo, y aun de su misma patria, el insoportable tédio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta Quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca, y tuvo el consuelo de casar á Porcia antes de morir. Casóla con Don Pedro de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es (prosiguió la viuda de Don Pedro de Pinares) la historia de mi familia, y una fiel relacion de las desgracias que representa este quadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de tan funesta aventura.



CAPITULO V.

De lo que hizo en Salamanca Doña Aurora de Guzman.

Despues que la Ortiz, sus compañeras y yo oimos esta historia, salimos de la sala, donde dexamos solas á Doña Aurora y Doña Elvira. Pasaron las dos el resto del dia en varias diversiones, sin cansarse la una de la otra; y quando partimos al dia siguiente, fue tan dolorosa su separacion, como pudiera serlo la de dos íntimas amigas, acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegamos en fin á Salamanca sin el menor contratiempo. Tomamos luego una casa noblemente alhajada, y la dueña Ortiz, segun lo que habiamos acordado, se comenzó á llamar Doña Ximena de Guzman. Como habia sido dueña tanto tiempo, no podia menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una dama y un page, y se dirigieron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun quarto desocupado, y habiéndola respondido que sí, la enseñaron uno bastantemente adornado. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó una mesada del arriendo,